

Roberto
Fontanarrosa
**El mayor de
mis defectos**
y otros cuentos



Elige tu propia aventura (para adultos)

Tú estás acodado a la barra de un elegante local nocturno. Llegaste a Itaparaíba en horas de la mañana y has tenido un día de muchísimo trabajo. Tu ocupación es la de vendedor de una importante firma dedicada a la fabricación de ropa deportiva. Contrariamente a lo que suponías, luego de la intensa jornada, después de tomar una ducha bien caliente y de comer a satisfacción, no tienes sueño. Distes vueltas y vueltas por tu confortable habitación, prendiste y apagaste el televisor buscando algún programa entretenido y, por último, volviste a vestirme, bajando al *lobby* del gran hotel. Tus pasos te llevaron, primero, a recorrer las vidrieras de las suntuosas boutiques, ya cerradas por supuesto y, por último, una música suave guió tus pasos hacia una escalera que descendía, invitante.

Ahora estás en el “Mauna Loa Cabaret Inn” bebiendo una bebida con alcohol. El cansancio parece haber abandonado tu cuerpo a través de alguna secreta filtración y sientes, como tantas veces, el conocido hormigueo en la zona del pubis. Una melodía envolvente satura el aire con las voluptuosas divagaciones de un saxo, la luz no es mucha y contigo, pese a la hora, casi las tres de la mañana, hay una docena de personas. Hombres, casi todos. Pero no todos. El

fragor de un “Bramido de oso”, con bastante ajeno, te ha convulsionado el cuerpo y, ahora sí, te parece una tontería irte a dormir solo, sin aprovechar la noche de libertad, en la sugerente ambientación de un hotel de cinco estrellas. No tienes mucho tiempo, después de todo, y debes apresurar el trámite.

Las opciones no son muchas. Una hora atrás había dos muchachas jóvenes y alegres, solas, sorbiendo bebidas livianas en un reservado. Ahora se han sentado con ellas un par de americanos que intentan hablar el idioma entre risas tontas y bromas. Los cuatro ríen y parecen estar muy contentos. Pero para ti el punto de atracción se halla casi en el otro extremo de la barra. Es una mujer no tan joven, interesante, vestida recatadamente, de bellos ojos grises, que muestra unas bonitas pantorrillas al cruzar sus piernas en el taburete. Parece dulce y un tanto inerme, casi desubicada en aquel lugar nocturno. Quizá sea una ejecutiva viajera, hostigada por el insomnio, como tú. Quizá sea una persona que sufre la soledad y no ansía más que una charla ocasional con un interlocutor entretenido. O quizá sea una prostituta que juega el papel de señora elegante y mundana y trabaja para la administración del hotel. No obstante, bajo tu observación escrutadora, no la has visto intercambiar más que frases cortas e impersonales con el barman, solicitando su trago sin familiaridad alguna, o requiriendo fuego para el fino cigarrillo que fuma, ahora, pensativa. Te ha sostenido la mirada, incluso, un par de veces. En la última ocasión, ha esbozado una sonrisa, tras girar la cabeza. Es tuya. Si te lo propones, es tuya. Pero algo viene a alterar la quieta calma de tu elección obligada: una esplendorosa muchacha de pelo corto y aspecto agresivo llega a la barra contoneándose como un felino. Tiene pómulos altos, mirada dura y boca sensual. Deja un pequeño bolso de mano con lentejuelas plateadas sobre la barra y bromea con el barman. Tú

sientes el desesperado llamado del deseo aleteándote en la garganta. Puedes adivinar el largo de sus piernas maravillosas y el abrupto promontorio de los senos. Pero... ¡ahora la reconoces! ¡Es la misma muchacha que hiciera el número de *strip-tease*, media hora antes! Así, vestida, te ha costado reconocerla. Además, habla en voz baja, cómplice, con el barman. Si no se trata de una profesional, es, sin duda, una amateur recurrente. Te ha mirado un par de veces, de reojo, y, a la tercera vez, amaga un saludo corto con la cabeza y se pasea la lengua por los labios rojos. Tienes, entonces, frente a ti, dos opciones: puedes encarar el acercamiento con la melancólica y bella mujer de la punta de la barra, la de aspecto plácido y reconcentrado, que te ofrece quizás una posibilidad intelectual y amatoria a tu medida. O bien puedes decidirte por intentar el seguro éxito frente a la bailarina espectacular que te pone en un punto todas las terminales nerviosas de tu cuerpo. En ocasiones normales, más que seguro que te decidirías por esta última. Tienes una sola noche de distracción y no es la intención ponerse de novio. Pero algo te detiene en la elección: la bailarina, con su estatura aventajada, te intimida un poco. Y hay algo más: sus hombros anchos, su voz levemente áspera, te hacen sospechar de que puede ser un travesti. La viste contorsionarse sobre el pequeño escenario y la deseaste locamente. Tu curiosidad hubiese agradecido que se quitase, incluso, la última prenda, el minúsculo slip dorado que atesoraba su recóndito encanto. Tal vez haya sido una concesión suya al pudor, pero te, queda la duda. Es un riesgo, por cierto. Lo concreto, lo evidente, es que debes tomar una determinación. La dulce mujer de la punta de la barra, tras mirarte por última vez, está recogiendo el paquete de cigarrillos e introduciéndolo en su cartera, como para irse. La bailarina ha apresurado su diálogo con el barman, como dispuesta a retirarse. Para detener la acción, llamas al barman, le indicas el número de

tu habitación para que lo registre en la cuenta y te pones de pie. Lentamente te encaminas hacia una de ellas.

Si eliges a la mujer melancólica de la punta de la barra, pasa a la página 18.

Si eliges a la bailarina espectacular, pasa a la página 23. (...)